

EL MENSAJE DE SIGRID UNSET

Nota para su obra "La zarza ardiente"

Mignon Domínguez

"La leña a la que se prende fuego
no da ceniza solamente, sino que
da también llama" - *Paul Claudel.*

Hace dos años que murió y su obra apenas es conocida en América. ¿Quién ha leído algo de Sigríð Undset? Su novela "Kristin Lavransdatter" fué traducida al inglés, francés y alemán lo mismo que muchos de sus libros. En castellano poco o nada. "La zarza ardiente" apareció en las vidrieras de Buenos Aires cuando los diarios anunciaron su partida sin retorno, allá en Lillehammer de la lejana y brumosa Noruega. Entonces un rostro de mujer fuerte, de mirada penetrante, la mano sobre el mentón en ademán pensativo, fué huésped de revistas y artículos.

En aquella mujer se encerraba un alma de recio temple; traía prendida, la serena belleza de los fiords, el encanto de los bosques umbrosos, el azulado misterio del mar entre las nieblas nórdicas. Todas las crónicas decían en repetido molde periodístico: genial escritora, Premio Nóbel 1928, hija del eminente arqueólogo Ingvald Undset. La distinción del premio Nóbel se debió a sus trabajos literarios descriptivos de la vida del Medioevo. Lo más notable es que esa obra "Cristina la hija de Lavrans" de segura raigambre católica fué premiada por un jurado protestante.

La vida de Sigríð Undset resume un cálido mensaje femenino. No retrocedió nunca ante el ideal. Fué fuerte y firme como las heroínas de las sagas y leyendas escandinavas que de niña oía relatar con asombrados ojos, en la casa de Kallundborg, Dinamarca. Había nacido allí un 20 de mayo de 1882. La madre era dinamarquesa y los primeros cuatro años de su infancia los pasó en su ciudad natal. Luego fué llevada a Cristianía donde su padre era profesor de la Universidad. La niña creció

en un ambiente de cultura y de investigación. No fué a la escuela sino desde el tercer grado. Todo lo aprendió en su hogar. La madre tuvo una influencia decisiva en su vocación a las letras: "Mi madre censuraba duramente los libros de niños con mano de hierro. Todo lo que era sentimentalismo estúpido o vulgar, todo eso lo sacó de mis manos y lo despreciaba. Así que yo tenía que conformarme con Homero o con las comedias de Molière, o tal vez con los poetas italianos del Renacimiento."

El padre le leyó la Biblia, pero sobre todo su gran influencia fué el haberla hecho partícipe de su disciplina. La niña escuchaba muy quieta, sentada en su sillita, las conversaciones del arqueólogo con sus colegas. Así se sembró la semilla de una investigadora de los tiempos pasados. Ayudó, más tarde al padre en sus trabajos. Aquel amor por el medioevo se enraizó en la contemplación del paisaje nórdico, sus bosques sus fiords, sus montañas nevadas, y de esa conjunción nacieron sus novelas en las que los personajes antiguos tienen los mismos pensamientos y las mismas ansias que los hombres modernos.

La muerte del padre, traza una línea divisoria en su vida. El antes, y el después. Sigrid era la mayor de tres hermanas y ocupó en su hogar el sitio que le hubiera correspondido a un varón. Tuvo que luchar por la vida y finalizados sus estudios comerciales, se empleó en una oficina como dactilógrafa y secretaria. Pero su vocación de escritora la espolleaba. Durante diez años ganó su propio sustento y su primera novela "Frau Marta Oulie" apareció en 1907. Su producción total abarca más de treinta libros en los cuales volcó sus inquietudes y desde 1924, fecha de su conversión, la luminosidad de una fe viva y creciente.

Fué una mujer genial, consciente de su destino, sencilla y profunda. Tenía mucho que decir, no en la charla insustancial de la que huía, sino en el diálogo fecundo del libro con el lector. Por eso se prodigó en la palabra escrita. A través de ella alienta su mensaje de mujer, puro y generoso, noble hasta la abnegación. Estaba firmemente convencida que la mayor felicidad en la mujer, consiste en aceptar su vocación primordial: la maternidad natural o espiritual donde se halla la raíz de su destino.

Ella dió el ejemplo con su vida oculta y recogida. Residía en el campo con sus tres hijos, olvidada de la fama. Pero el amor maternal fué probado en la última guerra mundial. Debió presenciar el fusilamiento de su hijo mayor y el incendio de su hogar. Perseguida por los nazis, se vió obligada en pleno invierno a realizar un viaje en ski más fantástico que todas sus obras de imaginación. Así ganó la frontera sueca para atravesar Rusia y con el transiberiano, Siberia desde donde pasó al Japón y luego a Estados Unidos. Hecha la paz, volvió a su país donde el 10 de mayo de 1949 se apagó la llama de su vida.

La imagen del monte Horeb, cuando Moisés recibe el mensaje divino debió ser significativa para Sigrid Undset. Ella, la del retorno en la plenitud de sus dones, no pudo ya resignarse a volver al mundo. Traía los ojos cargados por la visión de lo eterno. Pero tornó transfigurada con un mensaje de Amor, de humildad, de sacrificio.

LA ZARZA ARDIENTE

"Fué como si una zarza ardiente, le atrajera hacia sí, le cercara y le consumiera, sin que por ello dejara de existir" (S. Undset. L. Z. A., pág. 294. Ed. Janés 1947).

La novela, realista, de un sólido contenido psicológico, da comienzo en Noruega durante el otoño de 1916. Se trata de un problema matrimonial. Puede decirse que éste ha sido el leit motif de toda la producción de Sigrid Undset. La autora tiene un conocimiento y una profundidad asombrosa sobre la gente en general; acerca de los niños y las mujeres en particular.

Paul Selmer, su personaje, es el prototipo del hombre noruego, inteligente, dinámico, de iniciativa. Sencillo como un niño pero con un espíritu lleno de recovecos. Antinomia interesante que nos enfrenta con una personalidad digna de ser considerada.

Todo en la novela tendrá que ver con el sentido que los hombres dan a su vida y las relaciones de éstos con el Ser Supremo. Son trescientas treinta y cuatro páginas divididas en tres partes en que la unidad está dada por la inquietud religiosa presente en cada una de ellas. La situación del católico en Noruega es particular por el ambiente protestante en que vive.

El padre de Paul, al iniciarse la novela, está separado de su mujer, Julie. A través de la trama del argumento desfilan otros matrimonios mal avenidos. ¿Qué es lo que se propone Sigrid Undset con este retazo de vida, un tanto complicado por las distintas situaciones que entrelaza y el ir y venir del pensamiento suyo, tan suyo, que muchas veces nos parece autobiográfico?

Ella ha de mostrar cómo un hombre lucha, se debate, en medio de corrientes contrarias, de burlas y escepticismos y aun más contra su propio corazón frente a la voluntad de Dios sobre su vida.

El problema del divorcio, candente y discutido, se sacude y retuerce muchas veces en Paul Selmer. Pero éste no lucha solo. Alguien ha puesto la Mano sobre su hombro. Es aquella divina mano de Nazareth y de Betania, la de Caná de Galilea, la desangrada Mano del Calvario, la Mano luminosa de Emaús.

Pero Paul Selmer cuando aparece ante nuestros ojos está muy lejos de conocerla. De allí que la novela sea toda la trayectoria de una conversión. Y el nudo novelesco comience precisamente al final en rápida y segura sucesión de acontecimientos.

Una escena entre Paul y su hijita Synne de cuatro años, nos da el tono de la obra. Bjorg, esposa de Paul se halla aún en la clínica donde ha nacido Helge, su segundo vástago. En su ausencia el padre sube al cuarto de Synne para darle las buenas noches. Synne con el pelo aún húmedo y oscurecido por el baño y su camisión de franela rosa es un tierno y delicioso poema hogareño.

—“¿Dios es aquél que vive allá arriba en el cielo, en medio del aire? ¿Dios ha hecho todo eso? Entonces ¿cómo se las arregla para crearnos a nosotros y a todas las cosas?”.

La niña reza con el padre su plegaria nocturna. Paul se siente dichoso y desconcertado. Ha estado hablando sobre Dios y es la primera vez que reconoce la realidad de su presencia.

Un día de Navidad, Paul lleva a Synne a la iglesia de Trondjhem. Durante la misa la niña ha permanecido quieta observando al sacerdote.

—“Oye papá —le dice en una pastelería mientras toman chocolate—. ¡No sabes la de veces que repetí todas mis oraciones! ¡Por lo menos fueron ciento! Encuentro que es mucho más divertido rezar por dentro. ¡Se va tan de prisa! Era como si no fuese yo la que rezaba. Parecía que algo decía las oraciones dentro de mí. ¿También tú rezaste muchas veces papá?”.

En el camino, a lo largo del río, frente a los muelles donde un sol invernal proyecta estrías sobre el fiord, Paul está ensimismado. La gente comenta su actitud para con el catolicismo. Lo consideran católico a su manera. Pero Paul no puede contestar sino con evasivas a sus interlocutores.

“Jamás se había sentido atraído hacia la Iglesia Católica por otra cosa que no fuera un presentimiento; una premonición que a veces adoptaba la forma de una deslumbradora esperanza y, a veces, — para expresarlo de un modo tajante — la de un glacial espanto: ¿podía ser cierto que en su doctrina estuviera la verdad absoluta, revelada y sobrenatural? “Le ocurría algo parecido a lo que sucede cuando al caminar entre una espesa niebla, tropieza uno con una casa y sin acertar a ver sus contornos puede sólo adivinar que se trata de algo grande. Pero si efecti-

vamente era cierto que en tal casa moraba la verdad —una verdad que soporta que el hombre la trate con dureza e incluso con brutalidad sin desvanecerse; una verdad que cualquiera puede recibir sobre la lengua y tragarla— no le quedaba otro remedio que ir buscando a tientas su camino hasta la puerta y llamar a ella pidiendo que se le permitiera la entrada”.

Resulta sumamente interesante cotejar el pensamiento de Paul Selmer con las confesiones de la propia autora. Esta, escribió cierta vez, las razones por las cuales se había convertido al catolicismo. (En “Volvi-mos” de S. Lamping Ed. Guadalupe, 1944 y en *Cátendra*, 24 de junio de 1945, “Búsqueda y hallazgo”). Toda la inquietud de la escritora en vísperas de su conversión está trasvasada a su personaje. Su hondo espíritu crítico, su don de observación la llevaron en la vida real a no aceptar los fáciles entusiasmos por las nociones generales.

Esto mismo le sucede a Paul. Y ese día hace un voto que cumple sin dilación. Irá a casa del Padre Harald Tangen, párroco de Cristianía para que lo instruya. Este lo recibe en su despacho un día de lluvia torrencial. Paul se detiene ante ese escritorio lleno de libros y de pronto todo lo exterior se esfuma ante la consideración de su estada allí.

Advierte de un modo claro la íntima razón de sus vacilaciones antes de dar ese paso. Otras veces ha hablado con el Padre Tangen. Pero sobre algo extrínseco y no acerca de su persona.

El sacerdote obra con la mayor prudencia. Lo deja hablar y le entrega un catecismo. Paul, sale del despacho un tanto desilusionado. La entrevista le ha hecho el efecto de una petición de hora al dentista.

Todas las páginas dedicadas a la conversión son admirables. La reacción contraria de Bjorg ante ese cambio, un calco humano. Selmer entra en el seno de la Iglesia y la ceremonia de recepción está descripta con emotiva sencillez.

La segunda parte de la novela ha hecho correr un año desde la conversión de Paul. Ha cambiado notablemente. Y este cambio plantea un problema serio con su mujer. El comprende que no la ama; que fué una necesidad casarse con ella; pero se dice a sí mismo que la lamentación es una insensatez.

“Se había casado como quien acepta un regalo, algo que se recibe diciéndose que sería una descortesía no aceptarlo. Pero en el caso de su matrimonio lo que él había aceptado con tal ligereza era el destino de otra persona; el destino de una muchacha pura y virgen dejando aparte el mucho o poco relieve moral de la persona en cuestión”.

Ha vivido según su creencia sin influir a su mujer con palabras. Ha procurado ser un marido ejemplar y trata de complacerla en todas las cosas pequeñas y fútiles que constituyen para Bjorg la felicidad: regalos,

comidas en los restaurantes de la ciudad, salidas al teatro, aprendizaje de nuevos bailes. Pero Bjorg, quien se aburre soberbamente en el campo, también se amarga cada vez más porque desde la conversión de su marido han surgido puntos en lo que él no puede ceder.

La discordia va subiendo y a principios de 1920 Bjorg advierte que va a ser nuevamente madre. Esto colma su desconcierto y su ira. Sobre los hijos ellos piensan de un modo diametralmente opuesto. Nace el pequeño Erik y a los cinco meses muere de meningitis. Bjorg está convencida de que ése es el castigo de Dios por no haber querido tener más hijos. En cambio Paul, piensa que Erik ha pagado la culpa del género humano antes de llegar al extremo de pagar por sus propias deudas.

Poco tiempo después, Bjorg, que ha quedado aterrorizada y silenciosa acepta una invitación de un amigo de ambos para acompañar durante una temporada a su esposa en un hotel de la montaña. De aquí se desprende una de las situaciones más difíciles en la vida del matrimonio Selmer. Bjorg es nuevamente invitada por los Schijstad, huéspedes a quienes ha conocido en esa oportunidad para hacer un viaje al extranjero. Paul se opone terminantemente. Pero su esposa merced a una estratagemas sale con la suya. Asistimos al asombro y a la desolación de Paul. El autoexamen comienza con la primera mujer que él amó. Se llamaba Lucy y desapareció de su vida inexplicablemente. Lucy ha resumido su postura anterior al amor verdadero de Dios aquella época en que no creía que Dios pudiera llegar a ser para él el comienzo y el final de todo.

En ese desfilar de ideas él se da cuenta que no extraña a Bjorg. Pero reconoce que no tiene derecho a despreciarla. Se entera entonces por su madre, de las habladurías de la gente. Todos piensan en el próximo divorcio. Realiza rápidamente un viaje a Copenhague para conversar con Bjorg y convencerla de su regreso al hogar. Bjorg lo recibe con un aspecto totalmente cambiado. La señora de Jacobsen, madre de la joven tiene gran parte de responsabilidad en ese cambio. El resultado es que ninguna de las dos piensa volver a Noruega. La escena entre los tres personajes es rápida y quemante como un rayo. Escena teatral, aunque hondamente humana. La señora de Jacobsen quiere explicar y convencer a Paul pero éste no admite otra explicación que no venga de su esposa. Al fin salen ambos, y sobre la pequeña mesa de una confitería sostienen un diálogo sobre el valor de los hijos y el sentido de la vida que bien vale toda la novela.

Paul vuelve solo a Cristianía.

Pese a la indecisión y al llanto de Bjorg, la madre influye en su ánimo. Ella también se ha separado de su marido Jacobsen, quien acude una noche a ver a Paul e informarlo del contenido de una carta que ha recibido. Bjorg piensa divorciarse y hay un hombre por medio. La noticia

es cruel para Paul. Consulta de inmediato al Padre Kundrich quien, tal como Paul ha supuesto no puede dar su consentimiento para el divorcio. Se interponen entonces para Paul diversas circunstancias que prueban su fe católica. Ruth, su prima, le ha ayudado en la tarea de educar a los niños abandonados por la madre. Ha vivido con ellos en el hato de Hauga. Estos la quieren. Ella a su vez ama secretamente a Paul. Cuando éste se da cuenta de la situación la rechaza de plano. Ruth se lo reprocha:

“No hay nadie que opine como tú. Si por lo menos hubieras afirmado que no querías divorciarte ni casarte nuevamente por consideración a tus hijos! Pero no me explico que lo hagas por creerte parte de un sistema religioso que tú has aceptado ya fijo y acabado... ¿Sonríes?, murmuró ofendida”.

—“Me he visto forzado a pensar en una cosa que Synne hizo una vez: estaba furiosa y desde una ventana me gritaba a mí que me encontraba abajo: Yo puedo escupirte papá, y tú a mí no!”.

Acontece una grave enfermedad de Synne. Hans Selmer, médico, hermano del protagonista atiende a la niña y hay un momento en que no se alientan esperanzas de salvación. Las páginas que describen el proceso de la enfermedad y el fervor angélico de Synne que en un arranque de su corazón infantil de once años ofrece su vida en beneficio del alma de su madre, son realmente conmovedoras. La niña recibe la Extremaunción y sana prodigiosamente.

Bjorg vuelve a Berven. Esa es la gracia obtenida. Vuelve una mujer deshecha, empequeñecida y medrosa que confiesa su falta. Al reflexionar sobre la necesidad de Bjorg, piensa Paul que aquella mujer sigue perteneciéndole. No es un sentimiento de compasión sino otra ligadura distinta. Pasan algunas semanas y un día Bjorg le confía a su marido la causa de su congoja.

El diálogo es breve, sugerente. No hay ninguna palabra que lo diga y no obstante se adivina. Bjorg ha intentado hacer desaparecer ese hijo del pecado. Paul le pregunta si se ha vuelto loca. Se mantiene sereno como si no midiera la atrocidad que acaba de escuchar. Sólo tiene palabras tiernas para los sollozos entrecortados de Bjorg. Ella entonces comprende que su esposo se ha convertido “en un verdadero Cristo”.

La tercera parte muestra el encuentro de Lucy. Un cuentro inesperado e inexplicable en el salón de baile de un hotel. Esto tendrá consecuencias que aceleran el ritmo de la novela. Ambos se saludan. Lucy vive separada de su marido y mantiene con su trabajo a dos hijitos. Por la conversación nos enteramos que ha nacido el tercer hijo de Bjorg y a la sazón tiene dos años.

Después de esta entrevista, Lucy se ve necesitada de dinero y acude

a su ex novio. Este la ayuda en varias oportunidades; todo ello hace que las relaciones entre ambos en fuerza de las circunstancias se estrechen más hasta el punto de que una noche, Paul llega a la certidumbre de que ama a Lucy.

Es un sentimiento profundo y avasallante. De pronto se ha enterado del verdadero motivo del alejamiento de Lucy veinte años atrás. Ella, enferma, tuberculosa, aconsejada por Hans había querido evitarle ese disgusto y se había separado. Paul siente renacer el antiguo amor con la fuerza de una pasión. Abraza a Lucy y le confiesa su afecto. Luego sale precipitadamente.

El nudo de la novela se halla aquí, casi al final. Se plantea para el protagonista el más arduo de los problemas. Hasta entonces ha luchado contra el mundo, contra su ambiente, contra su misma familia. Las habladurías respecto al posible divorcio de Bjorg, su probable matrimonio con Ruth, la vuelta de la esposa a quien Julie, la madre de Paul, repudia en su actitud y en el niño sin padre, que ha nacido débil mental, casi idiota, con una enorme cabeza. Todo esto y la educación de los niños ha soportado y enfrentado Paul con fortaleza y serenidad, seguro en Quien ha confiado, buscando cada día la huella de Cristo. Pero ahora —¡oh repetida y bella historia de Job!— se trata de él, del amor único de su vida, ya que Lucy representa eso.

Por la noche el introvertido Paul medita. Tiene reunión con el Padre Auberive, en el Círculo. No irá. No se siente con ánimos para verse entre una serie de gente extraña. En esa reunión hay hombres que le son simpáticos, otros que le resultan antipáticos, hombres de clases sociales completamente distintas, católicos buenos, regulares y bastante deficientes.

“Ahora advertía lo inconsistente que todas esas diferencias habían sido comparadas con lo que les servía de unión: la Fe, la gracia, Cristo”.

No obstante, siene la añoranza de aquella época en la que creía que el mundo consistía meramente en lo que llegaba a percibir con los sentidos. Pero comprende que él no piensa así, que es sólo un sentimiento. Están Synne y Helge, y está Bjorg. Y el esposo y los hijos de Lucy.

Es un claroscuro que va mostrando el alma de Paul y el vaivén de sus ansias. La pasión retorna y ahoga todos sus pensamientos y toda su conciencia. Sólo queda en pie la facultad de reparar en Lucy y amarla. Su cabeza es un caos. Cree estar próximo a la demencia. Paul Selmer en esa noche en que sus pensamientos juegan carrera con los latidos de su corazón, recurre a Dios. Su plegaria conmueve. La angustia de Paul Selmer no es de fe, es de Amor. Le sucede a él lo que a muchas almas. No es que no crean en Dios; es que no le aman.

—“Oh Dios, Dios, devuélveme un poco de amor por Ti, pues no puedo soportar el creer en Ti, si no te amo!

En esa madrugada sucede el drama. El esposo de Lucy, Lovsto, entra en la casa para matarla. Ella llama desesperadamente a Paul. Cuando éste llega, Lucy yace casi estrangulada en medio de los gritos y llantos de los pequeños. Paul ataca al agresor y en plena lucha lo hace rodar escaleras abajo. El resultado es la muerte de Lovsto y días después la de Lucy.

No hay nada menos simpático que relatar un argumento. El único saldo favorable es que los lectores puedan acudir a la novela. Esta de Sigrid Undset tiene un valor humano inigualable. Pero no se explicaría sin la trascendencia sobrenatural. Lo teológico supera con creces lo psicológico. Su mismo final es una escena clara y límpida, después de la cárcel que sufre Paul.

Con mano maestra, la autora lanzó su última pincelada, como una llama que ilumina y vivifica.